entendimientos de todas las criaturas juntas, por su unión hipostática con el Verbo, y su amor es incomparablemente mayor y de más felicidad que todos los amores de todos los seres reunidos. El entendimiento humano de Jesucristo, tan inmenso como es, estará eternamente viendo novedades altísimas de Dios infinito, de la omnipotencia, sabiduría y hermosura de la esencia infinita de Dios, y su voluntad humana, de tan inmensa capacidad de amor, estará sintiendo un gozo y una intensidad de amor que sólo Dios y Jesús pueden comprender y sentir.

Este altísimo entendimiento humano del Verbo hecho carne, viendo siempre dilatadísimas, altísimas y hermosísimas verdades de Dios, no dejará eternamente de gozar nuevas magnificencias y grandezas, nuevas hermosuras y perfecciones, y así eternamente, sin llegar a conocer todas las perfecciones de Dios, porque es infinito, y está continuamente llenando a todos ya cada uno según su capacidad; y cada uno comprenderá o gozará el amor que tuvo a Dios en la tierra y según las virtudes que practicó y lo que deseó hacer y amar. Sólo Dios puede ser comprendido por Sí mismo; porque lo infinito no es posible que llegue a ser *totalmente comprendido* por lo finito. Dios se comprende a Sí mismo siempre, total, y actualmente, teniéndolo todo presente, y se ama también con amor infinito en infinita felicidad y novedad eterna.

Dios hará participante al alma de esos tesoros ine-

fables y eternos en el momento que se encuentre en su gloria.

Para el alma totalmente limpia y purificada, la muerte es el momento de la entrada en el Cielo y de la visión de Dios, y así como el foco irradia la cantidad de luz en proporción a su filamento, así el alma brillará y será feliz según la intensidad de su amor a Dios.

Desde ese dichoso momento el alma estará viviendo siempre en toda la plenitud el goce que su capacidad pueda recibir y en felicísima y variadísima felicidad. La muerte santa nos pone en Dios y El nos llenará de su luz.

Sueña y gózate, alma mía, pensando en tan precioso instante. Remóntate y sube sobre toda belleza creada, sobre toda luz, sobre toda armonía, sobre todo humano saber, porque más verás y más serás tú. Esfuérzate en conseguir vida limpia, de abnegación, de caridad y divino amor, porque según sean tus virtudes será tu gloria y la sabiduría y la felicidad que para siempre disfrutes. Lucha para tener vida santa con esperanza de cielo, para que al llegar esa hora bendita te encuentres limpia y purificada e inmediatamente te comunique el Señor su visión. Tu Dios viene en el momento de la muerte por ti a examinarte en su amor. Si estás preparada, te transformará en luz, sabiduría y felicidad eterna. «¿Y qué será cuando veamos a la eterna Majestad?»

Canta, alma mía, canta gozosa tanta gloria, tanta ventura.

Ven, muerte libertadora, y méteme ya en el infinito saber e infinito gozar de mi Dios y mi glorificador.

(1) José María Gabriel y Galán, *Poesías. Canción.*
(2) *Salmo* 136.
(3) Pedro Calderón de la Barca, *El Príncipe constante.* Jornada I, escena I.
(4) Santa Teresa de Jesús, *Poesías,* VII. *Cuán triste es vivir, Dios mío:* (Véase entera en los Apéndices.)
(5) Santa Teresa de Jesús, XXI. Si *el padecer con amor.* (Véase entera en los Apéndices.
(6) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* caps. XL y XXXIX.

CAPITULO XXXIV

EL ALMA DE AMOR PIDE A DIOS LA MUERTE

San Juan de la Cruz, tan lleno de dulce y callada mansedumbre, hace resaltar el vehemente deseo que tienen de la muerte algunas almas y la grandeza y gloria de aquel trascendental momento, de una manera tan delicada, tan luminosa, con tanta belleza y tan vehemente amor, que ensancha el corazón de alegría y pone fuego en el espíritu, presentando el encanto de la muerte y el gozo con que la esperan y reciben esas almas ofrecidas al Señor.

En sus poesías, de extraordinaria belleza, alaba el Santo la suavidad de la muerte, y con no menor unción y realismo y más categóricamente la describe en prosa.

Y contrasta y sorprende su firmeza y atrevimiento con la mansedumbre y dulzura de su persona y con el dominio que tenía de su palabra. Son en esto sus afirmaciones más atrevidas y más vehementes que las de Santa Teresa de Jesús, con tener ella carácter más vivo y abierto e impetuoso.

Cuando San Juan de la Cruz habla del amor de Dios y de la atracción de sus altísimas perfecciones, es pura ascua que irradia fuego en sus palabras; pare-

ce que sale de sí mismo y se desborda de entusiasmo radiante por el conocimiento que tenía de la grandeza de Dios e inflamado por el ansia de poseer el cielo.

El amor que hacía brotar estos deseos le hacía ver también toda la hermosura de la muerte santa y pide al Señor que se la mande pronto para entrar por esta puerta maravillosa en la posesión de la infinita sabiduría.

El fuego del divino amor, que abrasaba su corazón, le hace ser santa y confiadamente osado en sus peticiones al Señor; el cariño da atrevimiento y seguridad. San Juan de la Cruz ama con todas sus fuerzas al Creador; no puede estar ya separado, de El. Le seduce, está enamorado de la hermosura infinita, nada puede compararse a la atracción de la belleza y del amor divino.

El Santo deja salir de sus labios un himno dulcísimo a la muerte, como Santa Teresa, pero con mayor fuerza y vehemencia y con más decisión.

Con frase atrevida y cortante, que casi parece increíble conociendo al Santo, todo humildad y dulzura, dice al Señor :

Oye, mi Dios, lo que digo,
que esta vida no la quiero.

Describe luego la maravilla y belleza de la muerte, como regustando de antemano la dulzura que le

espera, y con pensamiento de ángel más que de poeta entona el canto más sentido y alto a la muerte envidiable de las almas que se extinguen de amor. Dice suplicante :

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que muero por verte,
y mi mal es tan entero
que muero porque no muero.
Lloraré mi muerte ya
y lamentaré mi vida
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios¡ ¿Cuándo será
cuando yo diga de vero
vivo ya porque no muero? (I).

Gustemos ahora nosotros de las enseñanzas que nos da sobre las circunstancias de la muerte de amor. Veamos cómo la siente él, la desea, la describe y se la pide al Señor.

El alma, dice, se siente *herida muriendo con heridas de amor. Se llaman heridas espirituales de amor, las cuales son al alma sabrosísimas y deseables; por lo cual querría ella estar siempre muriendo mil muertes a estas lanzadas, porque la hace salir de sí*

y entrar en Dios (2). Esta alma se queja amorosamente a Dios *no porque la hubo herido..., sino porque la dejó así penando de amor y no la hirió más valerosamente, acabándola de matar para verse y juntarse con El en vida de amor perfecto* (3).

De muy buena gana se iba el alma del cuerpo en aquel vuelo espiritual, pensando que se la acababa ya la vida y que pudiera gozar de su Esposo para siempre y quedarse al descubierto con El (4).

El Santo ha gustado, por modo maravilloso y muy extraordinario, *el abisal deleite* del trato con Dios y quedó empapado y ebrio en tan sobrenatural e indecible dulcedumbre. Había recibido noticias intelectuales de puro espíritu en la esencia de su alma, comunicadas por el mismo Dios, sobre las perfecciones divinas. No tenían los sentidos capacidad para recibir tan altas y luminosas verdades, y menos para exteriorizarlas con ideas y palabras humanas.

Queriendo comunicar los efectos tan sublimes que producen en el alma, no se contenta con decir que causan un *abisal deleite,* sino que anota cómo el alma ya apenas puede continuar viviendo en la tierra, atraída y subyugada por la tan sobre-excedente hermosura y grandeza de Dios. Todo lo de la tierra *mucho bajo le parece* y lo encuentra oscuro y feo ante el destello de beldad y de luz comunicado por Dios.

Mientras llega la visita del Señor, busca su compañía en la soledad, para estarle totalmente ofrecida y en continuo ejercicio de perfecto amor.

(I) San Juan de la Cruz, *Poesías. Coplas del alma que pena por ver a Dios.* (Véase íntegra en los Apéndices.)
(2) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* canción I.
(3) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* canción I.
(4) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* canción XIII.

CAPITULO XXXV

SAN JUAN DE LA CRUZ DESCRIBE LA DULCISIMA MUERTE DE AMOR DE DIOS

¡Qué pálida e incolora parece la muerte del *hombre prudente,* tan bellamente fantaseada por Platón, y qué pobres las aspiraciones del alma inmortal puestas en boca de Sócrates, con ser tan hermosas, ante la muerte descrita por San Juan de la Cruz del alma que ama a Dios y muere de amor divino! Platón, como pagano, no conoció la verdad revelada, y hablaba con incertidumbres, con discurso natural no exento de errores. No tuvo conocimiento de lo que era la gloria verdadera y esencial de la visión de Dios, ni de la verdad de la resurrección que los cuerpos gloriosos. Adivinó que si «se llegase a contemplar la belleza en sí misma», eso sería la vida verdadera y produciría las virtudes (I). Pero ni aun esto aplicó a la muerte de Sócrates.

San Juan de la Cruz habla con la certeza de la verdad revelada y con la profundidad del amor sobrenatural con que Dios enriquece al alma en gracia. Habla del desenvolvimiento maravilloso de las doctrinas del Evangelio acerca de los misterios y verdades de la vida eterna de amor, que Dios comunicará a los

Santos, sus escogidos. Sabe que la gloria esencial es precisamente *la visión de la esencia de Dios,* y que por la muerte se entra a esa visión ya vivir en El y participar de su vida, y que en Dios estarán unidos, se verán y tratarán todos los buenos del cielo.

Las palabras de San Juan de la Cruz son insustituibles tratando de la muerte. Sería necesario transcribir todo el comentario que el Santo hace a la estrofa once del *Cántico Espiritual;* pero sólo trasladaré aquí lo más imprescindible, recomendando al lector el texto, íntegro :

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura; mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

En el comentario a esta estrofa, habla tan prodigiosamente de la hermosura de la muerte y del gozo de morir, Que el ánimo suspira por ella. El Santo dice de modo inimitable cuanto yo Quisiera decir, y con el peso de su autoridad, hoy por nadie discutida.

«Deseando, pues, el alma verse poseída de este gran Dios, de cuyo amor se siente robado y llagado el corazón, no pudiéndolo ya sufrir, pide en esta canción determinadamente le descubra y muestre su hermosura, que es su divina esencia, y que la mate con esta vista desatándola de la carne (pues en ella no

puede verle y gozarle como desea), poniéndole por delante la dolencia y ansia de su corazón, en que persevera penando por su amor, sin poder tener remedio con menos que esta gloriosa vista de su esencia. Síguese el verso :

Descubre tu presencia.

»Trata de cómo está Dios presente en el alma de tres modos. *El primero, por esencia,* dando el ser, y está de esta manera en todos los seres y personas buenas y malas. *El segundo, por gracia,* y es cuando Dios está agradado del alma ; de este modo está sólo en las almas que viven en gracia de Dios. *El tercer modo es por afición espiritual* y está, en distinto grado, en muchísimas almas piadosas. »Pero así estas presencias espirituales como las demás, todas son encubiertas, porque no se muestra Dios en ellas como es, porque no lo sufre la condición de esta vida; y así de cualquiera de ellas se puede entender el verso susodicho, es a saber: *Descubre tu presencia.* Por cuanto esta alma anda en fervores y aficiones de amor de Dios, habernos de entender que esta *presencia* que aquí pide el Amado que *le descubra,* principalmente se entiende de cierta presencia afectiva que de sí hizo el Amado del alma; la cual fue tan alta, que le pareció al alma y sintió estar allí un inmenso ser encubierto, del cual le comunica Dios ciertos *visos entre oscuros* de su divina hermosura; y

hacen tal efecto en el alma, que hace codiciar y desfallecer en deseo de aquello que siente encubierto allí, en aquella presencia, que es conforme a aquello que sentía David cuando dijo: *Codicia y desfallece mi alma en las entradas del Señor* .

»Porque a este tiempo desfallece el alma con deseo de engolfarse en aquel Sumo Bien, que siente presente y encubierto, porque, aunque está encubierto, muy notablemente siente presente el bien y deleite que allí hay. y por eso con más fuerza es atraída el alma y arrebatada de este bien, que ninguna cosa natural de su centro; y con esa codicia y entrañable apetito, no pudiendo más Contenerse el alma dice :

Descubre tu presencia.

»...Pues tanto es el deleite de la vista de tu ser y hermosura, que no la puede sufrir el alma, sino que tengo de morir en viéndola :

Máteme tu vista y hermosura.

»... No hace mucho aquí el alma en querer morir a la vista de la hermosura de Dios para gozarla para siempre; pues si el alma tuviese un solo barrunto de la alteza y hermosura de Dios, no sólo una muerte apetecería por verla ya para siempre, como aquí desea, sino mil acerbísimas muertes pasaría por verla sólo un momento, y después de haberla visto, pediría padecer otras tantas por verla otro tanto.

»... No le puede ser, al alma que ama, amarga la muerte, pues en ella halla todas las dulzuras y deleites de amor. No le puede ser triste su memoria, pues en ella halla junta la alegría; ni le puede ser pesada y penosa, pues es el remate de todas sus pesadumbres y penas y principio de todo su bien; tiénela por amiga y esposa, y con su memoria se goza como en el día de su desposorio y bodas, y más desea aquel día y aquella hora en que ha de venir su muerte, que los reyes de la tierra desearon los reinos y principados.

»... Cuánto mejor será (la muerte)... para el alma que está necesitada de amor) como ésta, que está clamando por más amor, pues que no sólo no la despojará del que tenía, sino antes la será causa del cumplimiento de amor, que deseaba, y satisfacción de todas sus necesidades.

Máteme tu vista y hermosura.

»Pues sabe que en aquel mismo punto que la viese, sería ella arrebatada a la misma hermosura, y absorta en la misma hermosura, y transformada en la misma hermosura, y ser ella hermosa como la misma hermosura. Que por eso dice David que *la muerte de los santos es preciosa en la presencia del Señor* . Lo cual no sería si no participasen sus mismas grandezas, porque delante de Dios no hay nada precioso, sino lo que El es en Sí mismo. Por eso el alma no teme morir cuando ama, antes lo desea.

»El alma que ama a Dios, más vive en la otra vida que en ésta; porque más vive el alma donde ama que donde anima, y así tiene en poco esta vida temporal; por eso dice :

Máteme tu vista, etc. (2).

Vuelve el Santo a tratar de esta muerte en la *Llama,* y se entretiene en explicar el tránsito del que muere de amor. La descripción es complemento de la anterior y en ella nos dice que el alma ha pedido a Dios *rompiera la tela de este dulce encuentro,* que le mandara ya la muerte para entrar en el reino de los cielos y verle a El y vivir en su amor. Sólo falta acabar la vida sensitiva, y ya es tan delgada, por el deseo que tiene de ver a Dios y de estar en el cielo, que puede fácilmente romperse, y lo pide para llegar a esa dulcísima entrevista. Esta alma muere gustosa, y aunque la condición de su muerte, en cuanto al natural, es semejante a las demás, pero en la causa y en el modo de morir hay mucha diferencia. Porque si las otras muertes fueron causadas por enfermedad o por longura de días, en éstas no las arranca el alma, sino algún ímpetu de amor mucho más subido que los pasados, y tan fuerte que logra *romper la tela* y llevarse la joya del alma.

«Y así, la muerte de semejantes almas es muy suave y muy dulce, más que les fue la vida espiritual toda su vida; pues que mueren con más subidos ím-

petus y encuentros sabrosos de amor, siendo ellas como el cisne, que canta más suavemente cuando se muere.

»Que por eso dijo David que era *preciosa la muerte de los santos en el acatamiento de Dios;* porque por aquí vienen en uno a juntarse todas las riquezas del alma, y van allí a entrar los ríos del amor del alma en la mar; los cuales están allí ya tan anchos y represados, que parecen mares; juntándose allí lo primero y lo postrero de sus tesoros para acompañar al justo, que va y parte para su reino, oyéndose ya las alabanzas desde los fines de la tierra, que, como dice Isaías, son glorias del justo» (3).

El alma en el momento de la muerte está en la cumbre de la montaña; de la parte de acá quedan lágrimas, espinas y sombras; del otro lado aparecen los tesoros del reino de los cielos, la luz de la gloria, cuyos rayos ya bañan su frente. El alma radiante extiende su mirada con más contento que Moisés al ver la tierra prometida desde lo alto del monte, para desde la cumbre contemplar la belleza y la luz del Reino, que por la misericordia de Dios llega, y allí entona el cántico nuevo (4). Es la última y la más grande emoción de toda la vida. El alma espiritual se recoge en sí misma con su Dios, recuerda que el reino de los cielos está dentro del alma (5) y con humildad y alegría dirá, con San Juan: *Entra el alma en el gozo de su Señor*, en los cielos nuevos, y canta con Fray Luis de León:

Allí a mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido,
Veré distinto y junto
Lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

****

Veré, sin movimiento,
En la más alta esfera, las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas .

****

¿Quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira
Por romper lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?

****

Inmensa hermosura,
Aquí se muestra toda; y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamás anochece;
Eterna primavera aquí florece (6).

Ya llega a Dios, a su último fin, a la gloriosa meta. Aquí ve los tesoros de virtudes, de dolores y trabajos que había acumulado durante los años del vivir y recoge, transportada en gozo, la paga del Señor.

Se dirá que ésta es la muerte del alma santa y, ciertamente, es así; pero es también la muerte de todas las almas que mueren en gracia de Dios y viven en su amor; si externamente no se presenta en todos con signos especiales, en lo sustancial es muerte santa ante los ojos de Dios. No tendrá ímpetus y transportes externos causados por un extraordinario amor, pero íntimamente la oración obra lo mismo en lo secreto y céntrico del alma y la muerte del cristiano es feliz y gloriosa. Esas almas mueren en Dios y al calor de su amor, y después de su purificación, según hayan sido sus faltas y su remisión en amar al Señor, entran también en Dios y en su gloria. ¿No amaremos y desearemos tú y yo ese momento, como el más dichoso? Mi alma, Dios mío, te deseaba.

Lo que nos importa a ti y a mí es vivir muy santamente, en continuo y vivo amor de Dios y en el ejercicio constante de las virtudes, para llegar al final de la carrera con el alma totalmente limpia de tierra, purificada y muy enriquecida. Nos importa vivir muy santamente, para tener toda la eternidad muy grande capacidad de recibir mucha gloria y no quedarnos en menguados vasos.

Que por lo demás, como nos dice Santa Teresa, «en vuestras manos está vivir y morir con ella (paz y

alegría), como veis que mueren las que hemos visto morir en estas casas» (7).

Y en verdad que no le fue amarga, sino dulcísima, la muerte a San Juan de la Cruz. Tan dulcísima como la había descrito en sus obras.

Bien probado del Señor por fuertes sufrimiento interiores y exteriores, para mayor ganancia y mas semejanza con Jesucristo, le anunciaron sus hermanos los religiosos que ya era llegada la hora de su partida. Era la noticia más agradable que podían darle y, sonriendo con paz y encanto de cielo, les respondió con palabras de David: *¡Oh, qué hermosa noticia se me da! ¡Que ya me voy a la casa de mi Padre Celestial!* En este día se le cumplió el fin de su destierro.

Un reflejo de beatitud y apacibilidad bañó su rostro. Estaba como paladeando su llegada al gozo de Dios.

Pregunta a las once y media de la noche qué hora es y dice: «Ya se va acercando la hora; llame a los padres». y cuando llegan todos les dice: «¿Quieren que digamos el salmo *De Profundis,* que estoy muy valiente?» Terminada la recitación, que ha hecho él muy pausadamente, pide que le traigan el Santísimo para adorarle. Un globo de luz sobrenatural ha aparecido e iluminado al enfermo. Adora al Santísimo con fervorosas jaculatorias, pregunta qué hora es y al responderle que aún no son las doce, añade él: «A esa hora estaré yo delante de Dios Nuestro Señor

diciendo Maitines.» Pide le lean *El Cantar de los Cantares,* comentando: «¡ Qué preciosas margaritas! » Al dar las doce pregunta :

«¿A qué tañen?» Le dicen que a Maitines y exclama gozoso: «¡Gloria a Dios, que al cielo los iré a decir! » Pone sus labios en el crucifijo que tiene en sus manos, y dice pausadamente: *In manus tuas, Dómine, commendo spiritum meum,* y se fue al cielo a cantar las misericordias del Señor el día 16 de diciembre de 1591 (8).

(I) Platón, *El Convite,* XXIX

(2) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* canción XI.

(3) San Juan de la Cruz, *Llama de Amor viva.* canción I, verso sexto.

(4) *Apocalipsis,* XIV,4

(5) Luc. XVII, 21.

(6) Fray Luis de León. *Poesías. A Felipe Ruiz.*

(7) Santa Teresa de Jesús, *Fundaciones,* capítulo XXVII.

(8) *Bibliografía de San Juan de la Cruz,* por el Padre Crisógono de Jesús, cap. XX.

CAPITULO XXXVI

DELICIOSAS MUERTES DE ALMAS SANTAS

Bien está que sintamos algún temor a la muerte, porque nunca se puede tener la seguridad completa de salvarse; pero no se obra conforme a la razón cuando se deja que domine un temor excesivo y cuando se rechaza la muerte. Pidámosla a Dios santa y hagamos actos de ofrecimiento de nuestra vida, siempre con humildad, amor y contrición, que *Dios no rechaza el corazón contrito y humillado* (I).

Se narra en la historia del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, que momentos antes de entrar en una batalla muy difícil, y con todas las probabilidades de ser derrotado con consecuencias fatales, le aconsejaron desistiese; pero él, que empezaba todas las operaciones rezando con su ejército un *Avemaría* de rodillas a la Virgen implorando su protección, alentado por su valor, contestó con heroico ánimo: «Prefiero perder la vida dando tres pasos adelante, que vivir cien años dando uno atrás» (2). Su genio guerrero le dio la victoria, pero posponía la vida a la fama. ¿ y no abrazaré yo gustoso la muerte, que me da, no ya un triunfo en los campos de batalla, sino la gran victoria del mundo y de mí mismo, cuyo botín

son los tesoros de Dios? Porque la muerte santa me lleva a la gran conquista de la gloria ya los grandes honores del cielo.

Los Santos tuvieron muerte dulcísima; unos, entre dolores, a semejanza de Jesucristo; muchos, con sensible dulzura. Pero todos habían deseado la muerte; habían pedido a Dios pusiera fin a su destierro y los llevara a su Reino.

Cantaban los mártires entre dolores, con una alegría que no comprendían los tiranos, ni los verdugos, ni los espectadores; y es que el mártir ofrecía su vida a Dios confesándolo con amor heroico, y la muerte era trofeo que le abría la puerta para entrar radiante y triunfador a recibir la corona.

En la literatura cristiana he recogido este bello rasgo en Calderón de la Barca, que presenta al Príncipe don Fernando de Portugal, cautivo en Africa después de su derrota, en poder del Rey mahometano, y ya agotado por los trabajos le dice :

Mi *señor y mi Rey, escucha:*

****

No quiero compadecerte
con mis lágrimas y angustias
para que me des la vida,
que mi voz no la procura;
que bien sé que he de morir .

¿Qué aguarda quien esto oye?
Quien esto sabe, ¿qué busca?
Claro está que no será
la vida: no admite duda;
la muerte sí: ésta te pido
porque los cielos me cumplan
un deseo de morir
por la fe; que, aunque presumas
que esto es desesperación
porque el vivir me disgusta, no,
no es sino afecto de dar
la vida en defensa justa
de la fe y sacrificar a Dios
vida y alma juntas;
y así, aunque pida la muerte,
el afecto me disculpa
y si *la piedad no puede*
vencerte, el rigor presuma
obligarte...

****

... Por que yo
aunque más tormentos sufra,
aunque mas rigores vea,
aunque llore más angustias,
aunque mas miserias pase,
aunque halle más desventuras,
aunque más hambre padezca,

aunque mis carnes no cubran
estas ropas, y aunque sea
mi esfera esta estancia sucia,
firme he de estar en la fe ;
porque es el sol que me alumbra,
porque es la luz que me guía,
es el laurel que me ilustra.
No has de triunfar de la Iglesia;
de mí, si quieres, triunfa:
Dios defenderá mi causa,
pues yo defiendo la suya (3).

Pero esto no pasa de ser literatura ; la realidad es mucho más conmovedora. La grandeza está en el heroísmo y en la alegría del mártir. Los dolores y la muerte le eran dulces a San Isaac de Córdoba, como a todos los mártires, cuando eran llevados a la cárcel y de ella al patíbulo, por confesar a Cristo; esto le llenaba de gozo, porque al fin Dios le concedía lo que tanto le había pedido: dar su vida por El.

Gozosa hablaba Santa Cecilia durante los tres días que estuvo moribunda con el cuello casi cortado, confortando a todos en la fe, porque estaba para recibir el abrazo del Esposo. Santa Inés se regocija como los niños Justo y Pastor, porque daban su vida a Dios e iban al cielo.

Cuando notificaron que era ya llegado el momento de la muerte a los franciscanos San Pedro de Alcántara, San Diego de Alcalá, San Francisco

Solano y otros incontables, pronunciaron, como San Juan de la Cruz, las palabras del Rey David: *Qué hermosa noticia se me ha dado; que me voy a la casa de mi Padre Celestial* (4).

¿Puede soñarse acto más regalado y más codificable, ni más glorioso que el de ponerse en los brazos de Dios, amor infinito, para vivir ya eternamente en la misma luz divina y ser vida de Dios? ¿ N o es para desear tanta hermosura y para ofrecerse voluntario y alegre al Señor?

Esto cantaba David, iluminado por el Espíritu Santo cuando mirando al cielo decía: Mi *alma está desmayada esperando tu salud, porque he esperado en tu palabra... Haz brillar, Señor, sobre tu siervo la luz de tu divino rostro o Verbo* (5). David cantó con inspiración divina los sentimientos de todas las almas que viven el Amor y las almas de amor se han apropiado y repetido las palabras y los afectos del Salmista con inmensa ternura a través de los siglos.

Gustaban de repetir: Mi *alma tuvo sed de Dios vivo y poderoso. ¿Cuándo me será dado que yo me presente ante el rostro de mi Dios?* (6), y han gustado también las dulzuras de la muerte.

Hemos visto cuán apacible y suavemente morían los que amaron al Señor. Ahora quiero recordar otras almas de muy grandes virtudes muertas santamente, en cuanto la mirada humana puede comprender, aunque no están canonizadas.

Las religiosas Carmelitas Descalzas de Madrid,

que acompañaban en sus últimos momentos a la Madre Beatriz de Jesús, sobrina de Santa Teresa, viéndola rebosar alegría la preguntaron por qué en aquella hora estaba tan contenta; y ella respondió: «Porque voy de bodas. Esposa de Jesucristo, a quien he estado consagrada, me conduce ahora al cielo a vivir ya en Dios. ¿No he de estar contenta?» (7)

En Ubeda enfermaba, en 1613, el Padre Miguel de los Angeles, y diciéndole los religiosos que era llegada la hora de su partida al cielo, volviéndose él al Señor, le dice: «Bastan, Señor, cincuenta años de destierro. Vamos a ver esa vuestra casa buena; venga, no se dilate.» y con grande confianza y contento repetía: «¡Qué tengo de ver a Dios! . . .

¡Que tengo de gozar sin fin! ... ¡Que tengo de alabarle para siempre! » y en estas alabanzas y en esta confianza murió (8).

Como le pusieran algún reparo a su confianza, respondió: «Si mi salvación estuviera en manos de mi padre o de mi madre, seguro estaría de ella, no dándoseme ningún cuidado de que lo había de conseguir. ¿Pues cuánto más segura está en manos de Dios, que infinitamente me tiene más amor que mi padre y que mi madre? ¿Cuánto más segura está en manos de Dios que en las mías, pues me quiere más y desea que me salve más que yo puedo querer y desear mi bien?»

Esta misma razón de su gloria dio la Hermana Catalina de Jesús, cuando admirándola las religiosas

a la hora de la muerte, acaecida en Beas en 1586, y diciéndola que estaba tan contenta porque siempre había sido muy fiel a Dios, ella respondió sonriente y con gran humildad: «No confío más en eso que el mayor salteador de caminos puede confiar en su acciones para salvarse, sino que veo al hijo de Dios enclavado en una Cruz por mi remedio ya mí vestida del hábito de su Madre y en su casa; porque es honra de los príncipes amparar a los criados de sus padre y defenderlos de sus enemigos» (9).

En la misericordia del Señor y en la pasión de Jesucristo e intercesión de la Virgen confiaba para salvarse como todos los Santos y como hemos de confiar nosotros. Ellos tenían esta admirable confianza, porque ésta es la tranquilidad propia del que ama y el premio del bien hacer y del mucho amar.

Solía decir el Padre Andrés de Jesús a sus hermanos los religiosos: «Por la misericordia de Dios, yo espero que la muerte en ninguna parte me cogerá desprevenido; porque desde que visto el hábito, no ha habido ni un instante que no la esté aguardando y deseo morir con brevedad para no ser molesto a mis hermanos.»

Dios le concedió una muerte encantadora y rapidísima como lo deseaba y se lo había pedido. Durante el tiempo de recreo de la Comunidad, estuvo hablando a los religiosos en conversación familiar, maravillas espirituales y celestiales. Al terminar ese rato de expansión ordenado por la Ley, le dio una

apoplejía. A la insinuación de su gravedad, *que* le hicieron los religiosos, les dijo: «Nada tengo que confesar. Hoy dije la misa como quien había luego de morir. Tráiganme el Oleo Santo, que no hay lugar de más, porque me muero.» Pidió perdón a todos, les dio las gracias porque no les había molestado con enfermedad, se despidió y su alma voló a la claridad y dicha de la mansión eterna tanto tiempo deseada. y se fue a vivir en Dios (10). En 1628 moría en las Carmelitas de Ubeda Catalina María de Jesús, de veintitrés años. Esta hermana había dejado, por consagrarse a Dios en el frescor de su juventud, muchos bienes y había renunciado a su nobleza.

En el mismo convento entró religiosa, siguiendo sus pasos, su propia madre. Enferma Catalina María, gravísima y ya muy cercana a su fin, la asistía su madre, ya la hora de la muerte, con todo el cariño maternal, le pregunta: «¿Qué quieres, hija?» y la Hermana Catalina María le respondió muy serena y gozosa : «Madre, quiero morir para entrar ya en el cielo con Jesucristo y ver a Dios y gozar eternamente de El» (11).

Lo había dejado todo por Dios y ahora ofrecía alegre su vida para ir al Señor. La Hermana Isabel de Jesús decía a las religiosas de Segovia que la rodeaban en su enfermedad: «Déjenme sola; no me priven de estar sola con Dios, a quien siempre he seguido y amado, y está ahora conmigo, siendo mi consuelo y mi mejor compañía; no me impidan estar a solas con

El, gustando de su intimidad para morir de amor.»

Quien ama a Dios y ha vivido en ejercicio y trato amoroso con El, termina su vida repitiendo con los labios o con el corazón y saboreando en el espíritu las preciosas jaculatorias: «Os doy el corazón y el alma mía; si más tuviera, más os daría.»

Me voy al eterno amor y al eterno gozo, *donde no habrá ni llanto, ni alarido, ni habrá dolor. Vaya la Ciudad que no necesita sol ni luna que alumbren en ella; porque la claridad de Dios la tiene iluminada y su lumbrera es el Cordero... y verán su cara (de Dios) y tendrán el nombre de El sobre sus frentes.* Y *allí no habrá jamás noche, ni necesitarán de antorcha ni luz de sol, por cuanto el Señor Dios los alumbra; y reinarán por los siglos de los siglos* (12). Millares de casos semejantes a estos hay en todas las historias de las Ordenes religiosas de hombres y mujeres. Se pueden citar miles de Santos, franciscanos, dominicos, jesuitas y de cualquiera otra Orden. No son menos admirables y frecuentes estas muertes en los que vivieron retirados en los desiertos, muchas de las cuales leemos en los *Años Cristianos.* Ahora quiero terminar con la muerte de Santa Teresa de Jesús.

Era la noche del 4 de octubre de 1582 en Alba de Tormes. La acompañaba en su agonía la Beata Ana de San Bartolomé, y era tan grande el amor que tenía a la Santa y tan grande la pena que entonces sintió, que nos dice ella misma: «yo era más muerta que

viva» viendo y sabiendo que se moría, pues la había dicho la propia Santa: «Hija, ya ha llegado la hora de mi muerte.»

«Como el Señor es tan bueno, dice la Beata Ana de San Bartolomé, y veía mi poca paciencia para llevar esta cruz, se me mostró con toda la majestad y compañía de bienaventurados sobre los pies de su cama, que venía por su alma.» Cambió tanto la Beata en su manera de pensar y de sentir con esta momentánea visión de la majestad de Dios y de la gloria que esperaba a la Santa, que dijo al Señor: «Señor, si Vuestra Majestad me la quisiera dejar para mi consuelo, os pidiera, ahora que he visto su gloria, que no la dejáis un momento» (13). No consentía su amor retrasarle ni un momento la inmensa gloria que la estaba preparada.

¡Cuál no sería el gozo de la muerte de Santa Teresa!

¿Cuál no será la alegría en la hora de la muerte de las almas buenas cuando entren en la infinita hermosura y bondad de Dios? ¿Cuál no será el deseo del alma, que ha recibido noticias y comunicaciones de lo infinito de Dios, por verle ya en toda su infinita perfección? Mucho había deseado Santa Teresa y pedido al Señor la llevara consigo. Cuando en su última enfermedad la traían el Viático, con la grandísima fe en la presencia de Jesús en la Eucaristía y el inmenso deseo de poseerle ya en la gloria, no dudando era el mismo el que allí la traían y el que estaba en el cielo,

al verle entrar le saluda con una exclamación propia de su carácter abierto hasta en aquella hora y de su corazón abrasado de amor, y le dice, quejándose tiernamente de la tardanza y de lo mucho que la había hecho esperar en este destierro: *"Señor, ya era hora de que nos viéramos.* Os he esperado y deseado mucho. Ahora, venís. Llevadme ya con Vos a vuestro cielo, donde ya no me separe más".

Y en su último momento exclamó: *Para siempre, ya cantaré las misericordia del Señor* (14).

A pesar de sus muchos años, se puso su rostro todo encendido y como lleno de gloria, reflejando gozosa inmortalidad, hasta que varias horas más tarde expiró y entró su alma en la gloria con los bienaventurados.

Dichosa y envidiable muerte, como había sido su vida, como lo había deseado tantos años.

A santa vida, santa muerte.

(I) *Salmo* 50.
(2) *Historia General de España,* compuesta por el P. Juan de Mariana, de la Compañía de Jesús, lib. XXVIII, cap. V. Don Modesto de la Fuente, *Historia General de España,* lib. IV, cap. XVIII.
(3) Pedro Calderón de la Barca. *El Príncipe constante.* Jornada UI. escena VU.
(4) *Salmo* 121.
(5) *Salmo* 118, 85.
(6) *Salmo* 41
(7) *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen,* por el R. P. Manuel de San Jerónimo, c. D. Tomo Y, lib. XXI, cap. 33.
(8) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D. Tomo I. día 11 de febrero.
(9) *Año Cristiano Carmelitano.* por el P. Dárnaso de la Presentación, C. D. Tomo I, día 24 de febrero.
(10) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D. Tomo I, 26 de abril.
(11) *Año Cristiano Carmelitano.* Tomo I. día 21 de enero.
(12) *Apocalipsis,* XXI, 4.
(13) *La Beata Ana de San Bartolomé.* por el Padre Florencio del Niño Jesús, C. D., cap. XII.

CAPITULO XXXVII

HORIZONTES DE LUZ INEXTINGUIBLE

Alguno verá como nuevas y algo extrañas ciertas ideas que aquí he hecho resaltar; pero no hay nada nuevo, y todo lo someto a la censura de la Iglesia. Ni son ideas originales mías, son verdades de la teología, expuestas en los autores ascéticos, aunque pocas veces consideradas bajo el aspecto que aquí aparecen. La alegría de Jesucristo en sus sufrimientos llevó a su Madre bendita y lleva a sus Santos por el sufrimiento gozoso. ¿Qué autor ascético no ensalza el regalo del dolor? Si le gozaron los Santos, ninguno tanto como Jesús en su vida y Pasión.

Tampoco yo reparaba apenas en esta alegría de Jesús ni en la alegría de misma muerte. Fue la providencia amorosa del Señor quien guió mis pasos a aquella pobre y santa ermita medio escondida entre follaje, donde vivía el bueno del solitario, que era santo y sabio; dulcemente me habló de estas verdades y me dijo cuanto voy a recopilar en estas últimas páginas, pero con una suavidad y encanto que yo no podré expresar. Vamos a la soledad, junto a la fuentecica, que mana gota a gota, ya la sombra de unos madroños escuchemos sus enseñanzas.

«Amar es darse, es ofrecerse, es estar al servicio

del Amado, es entregarse en correspondencia de agradecimiento y amor. Uno se da y se ofrece según la intensidad del cariño.»

«A esta soledad me vine, lo dejé todo y me ofrecí a Dios sólo, Veía era todo nada ante Dios, y sólo El me importaba, y yo quise ser todo suyo. En El tengo mi pensamiento y mi corazón. Por abrazarme con Dios en vida, escogí morir a todo y acepté la muerte antes de que llegase.»

«Esta soledad viva es mi mundo para mí, y no quiero otro, sino es el cielo, ni le hay de mayor belleza ni de más alegre luz. Vivo en Dios y para Dios; El me llena. Mi alma voluntariamente se ofreció al Señor y se ofrece continuamente a El, encendida en amor. Porque nadie hay semejante a El, le ofrezco mi vida con todo cuanto me pertenece y he recibido de su misericordiosa mano, pero le ofrezco principalmente mi vida.» «Ofrecer a Dios la vida, es, además de vivir para El solo, abrazar la muerte y como instada a que venga para ser transformados en gloria y ver claramente la infinita perfección.»

«Aquí ofrezco continuamente mi vida a Dios en agradecimiento a que El me la ha dado, ya todos cuantos beneficios me ha hecho ya que me ha creado para su cielo, lo cual será vivir perpetuamente en Dios mismo. La vida que aquí gozo es la más parecida a la eterna, porque aquí veo que estoy en Dios y Dios está en mí; que amo a Dios y El me ama como en el cielo.»

«Ofrezco mi vida a Dios, porque quiero amarle con amor perfecto, vivir de amor de cielo y gustar de las inefables misericordias y perfecciones del Señor.» «Aquí ofrezco continuamente mi vida presente y millones de vida que tuviera; todas juntas las pondría en sus manos, y siento la ilusión, bendita ilusión, de poderle ofrecer el martirio en testimonio de amor, para alabanza y gloria suya y para que todos le amen. No me canso de repetir: Oh Amor, que todos te amen.»

«¡Qué dulce me es saborear en este silencio los salmos de David: *Alma mía, alaba al Señor, porque es tan bueno, porque es eterna su misericordia)}* (I). *Ensalzarte, he, oh Dios mío y Rey mío, y bendeciré tu santo nombre desde ahora, y por los siglos de los siglos... Las generaciones todas celebrarán tus obras y pregonarán tu poder infinito... A boca llena de continuo hablarán de la abundancia de tu suavidad inefable* y *saltarán de alegría por tu justicia... Cantará mi boca las alabanzas del Señor* (2). Todo bendiga al Señor y yo le ofrezco mi vida, como el don más preciado que tengo y como señal de que El es mi Único amor.»

«Dios se comunica inefablemente al alma que hace el silencio en su corazón y quiere oírle y llena más al alma que con más perfección se le ha ofrecido y que se ha puesto en sus manos más determinada y confiadamente.»

«Dios se comunica al alma por gracia y por amor,

y con su gracia pone en el alma el principio de la vida eterna.» «Pero cuando Dios se entrega al alma del todo es en la muerte. Por ella Dios llena al alma totalmente de su perfección y la hace sentir lo divino de su gloria. El alma empieza en la muerte una vida nueva, es levantada a un conocimiento nuevo y dotada de una actividad desconocida, sin trabajo y con altísimo deleite. Es el momento de entrar en la gloria, y en ese mismo instante verá a Dios y empieza a conocer con un conocimiento nuevo tan sobre todo lo que se puede soñar en la tierra, que no es posible formar comparación ni idea proporcionada de El.». «Estaba el alma atada, prisionera en la oscuridad y sufrimiento de la cárcel, y Dios rompe las ligaduras y la levanta a su luz y a su gloria. Con la muerte empieza la vida dichosa de sabiduría y de triunfo. El alma se dio a Dios ofreciendo su vida, y el Señor, al aceptarla, la llena de Sí, de su luz y de su amor infinito.»

«En la *Imitación de Cristo* leemos esta misma verdad: «Miserable soy como encarcelado y preso con grillos, hasta que tú me recrees con la luz de tu presencia y me pongas en libertad y me muestres tu amigable rostro» (3).

«He venido a gustar las dulzuras de esta soledad, escogiendo morir al mundo ya todos sus bienes y noticias; muerte voluntaria a. lo que disipa y apega a lo terrenal para vivir las grandes verdades de Dios y su amor. Aquí la vida es hermosísima si de verdad se

dejan las cosas y aficiones de la tierra. Por esta voluntaria muerte se aparta uno de las amistades y compañía de los hombres, y dejando los bienes materiales, se llega a vivir con el mismo Dios.»

«Aquí deseo y pido al Señor que mi último acto en la tierra sea de amor a El realizado con todas mis fuerzas».

«Aquí, mi recuerdo son los habitantes del cielo; ellos me acompañan y Dios me llena el corazón. ¡Bendito sea el Señor, que me trajo a la soledad! »

«Por la muerte del cuerpo, Dios me recibirá en su gloria y me dará gozo infinito. ¡Cómo deseo y pido ese momento ! ¡Oh muerte! , ¿cuándo me sonreirás y te oiré decir: *Vente conmigo?* Yo te diré: «Bien venida seas, que me conduces a Dios.» El Señor me recibirá como la madre a su pequeñín, para llenarle de besos y caricias; para calentarle en su pecho y transmitirle su vida. Goza la madre prodigando cariño a su hijo y dándole alimento de su pecho, y Dios, en su infinita bondad, me comunicará de su infinito gozo, me vestirá de su luz, teniéndome en El y llenándome de su amor. Dios me recibe en la muerte para transformarme, para sobrenaturalizarme.»

« ¡Oh amable muerte! ¿Cuándo me cobijarás en los pliegues de tu manto y estrechándome en tus brazos me llevarás a mi Dios ? ¿Cuándo, Dios mío, veré la luz de tu rostro y entraré en tu gloria ? »

«Alábente, Señor, todas tus misericordias y bendígante todos tus santos. Ellos publicarán la glo-

ria de tu reino y anunciarán tu poder infinito (4). Mi alma eternamente te alabará y cantará tus infinitas misericordias en compañía de tus bienaventurados. Con la muerte de este cuerpo mío, que ahora se mortifica, empezará la vida gloriosa de mí alma y mi felicidad completa. Con la muerte temporal, empezará la vida eterna y feliz.»

«¡Qué amable es la muerte! La fe me la presenta llena de atractivos y encantos. El amor me la pinta como es: llena de luz y belleza.»

«Muerte, tus labios besaron los de Jesús y tus dedos cerraron cariñosos los ojos de María. Ellos te sonrieron y tú los abrazaste. Abrázame a mí con aquel mismo abrazo y con el mismo amor.»

«¿Se puede huir del abrazo que el padre bueno da a su hijo, ausente durante largo tiempo, cuando vuelve de cumplir un encargo del padre, llamado por él para hacerle entrega de su cuantiosa herencia y tenerle con él en su mismo palacio, recibiendo honores y viviendo su misma vida de amor?»

«¿Se horroriza, por ventura, la esposa cuando llega el momento de vivir ya con el esposo escogido, que es todo bondad, para habitar en el más suntuoso palacio y con inmensas riquezas? ¿No lo deseaba y su anuncio la llena de un contento que no puede reprimir ni ocultar?»

«¿Se entristece, acaso, el viajero culto, que busca maravillas de ciencia o de arte, cuando le conducen por caminos nuevos y de sorprendente belleza a

colecciones artísticas fabulosas o a laboratorios perfectísimos?»

« Y al que ha luchado en los duros trabajos de una mina, ¿no le salta el corazón cuando llega el momento de tener en sus manos el codiciado mineral o las piedras preciosas? »

«Y cuando el joven rey va a ser coronado entre el aplauso y las aclamaciones de su pueblo, ¿ no marcha lleno de ilusiones a su reino y al trono? »

«¡Oh muerte buena y amable! Más desea tu llegada el alma amante que el avaro los tesoros y el hombre de mundo las comodidades, los honores, los aplausos y la salud. Porque tú llevas a Dios y por ti comunica el Señor la sabiduría y la felicidad eterna.»

«El momento de la muerte es el de recoger el fruto multiplicado de cuanto durante la vida se sembró; la eternidad es la riquísima y continua recolección.» « ¡Oh mi Dios, infinito amor, que a través de la muerte vienes por mí para llevarme a Ti! ¡Cómo te desea el alma mía! »

«Quiero, en cuanto de mi nada depende, daros la gloria que yo pueda tributar, ofreciéndoos esta joya de mi vida, que no dudo la guardaréis en el cielo con vuestros tesoros.»

«Con el Profeta David digo: *Alma mía, bendice a tu Dios y todo cuanto en mí hay bendiga al Señor. Bendice al Señor, alma mía, y no quieras olvidar ninguno de sus beneficios* (5). *Bendígante, Dios mío, tus misericordias.*»

«Mi alma codicia ser ya toda vuestra y para Vos y canta con los bienaventurados vuestra gloria. Quiero, en mi pequeñez, entonar, Dios mío, mi alabanza, unida al himno de amor y de agradecimiento de Jesucristo y unir mi amor al suyo. »

«Como El os ofreció por amor su vida de riqueza inapreciable, en acción de gracias por la creación entera y en expiación de los pecados del mundo, os ofrezco yo la mía por sus manos, y unido a El quiero cantaros el himno de la expiación, de la inmolación y del agradecimiento. Es todo lo que tengo. Recibídmelo de las manos de Jesús, que os lo ofrece por mí y conmigo la Virgen sin mancilla, Madre mía. »

«No dudo que Vos lo recibiréis en expiación de mis pecados y que me conduciréis a vuestra gloria. Bendito seáis.»

« Viviré feliz para siempre. En vuestra misericordia confío. Con mi muerte en vuestro amor, empieza mi verdadera vida y los años eternos. ¡Quiero amaros ahora con todas mis fuerzas para amaros más y conoceros mejor eternamente!»

Allí a mi Vida junto
y *en luz resplandeciente convertido* (6).

«Este mi pobre entendimiento será inmensamente levantado y enriquecido por el poder y sabiduría infinita y entenderá lo que al presente no le es posible y conocerá ya clarísimamente sin dudas ni vacilacio-

nes. Allí verá siempre la luz nueva, altísimas verdades y bellezas de Dios y también las verdades del mundo que nunca llegarán a alcanzar los sabios en la tierra. Allí viviré en la luz de Dios, iluminado por El. Allí empezaré a entender con esa luz mundos nuevos y hermosuras nuevas; conoceré la sutil belleza de la esencia de las cosas, ahora por todos ignoradas, y conoceré sus más recónditas propiedades y misterios; las causas que rigen el universo y los cami*nos* de la Providencia para gobernarles. Allí tendré clarísimo conocimiento de la belleza y magnitud de las almas y del mundo del espíritu; mi entendimiento verá y admirará con esta luz divina, en el mayor gozo, insondables magnificencias de los inescrutables misterios de Dios. Allí estaré viendo siempre y comprendiendo siempre con toda seguridad y certeza, con descansadísimo y deleitable gozo, preciosas y altísimas verdades de Dios y nuevas maravillas de sus obras.»

«Oh amable muerte, por ti me pone el Señor en la vida verdadera y eterna ; me introduce en la hermosura de la verdad y en el gozo del amor. Desde el momento de tu visita, si estoy preparado, empezaré mi vida; saldré de la oscuridad y entraré en la luz; dejaré la ignorancia y seré lleno de sabiduría; dejaré los hombres, muchas veces egoístas e incomprensivos, y entraré en la amistad de los bienaventurados, con los cuales todo es armonía y caridad; dejo este valle de lágrimas y entraré en la Patria feliz. »

«El altísimo entendimiento del alma de Jesucristo, en soberano entender, inmensamente superior a todos los entendimientos creados, estará siempre viendo más a Dios.»

«El entendimiento de la Virgen, por. que tuvo más santidad, más humildad, más amor a Dios que todos los demás hombres, entenderá y verá en la luz de Dios inmensamente más que los otros entendimientos criados, después del entendimiento de Jesús. Verán las inteligencias angélicas y las de los bienaventurados tan dilatadamente y con tanta felicidad, cuanta sea la capacidad que tengan, y ésta será en los ángeles según las perfecciones que Dios les dio, y en los bienaventurados, según las virtudes que practicaron y el amor y la santidad que adquirieron en la tierra. El más santo, más conocerá y gozara mas.»

«¡Cómo quiero yo, Dios mío, amaros con todas mis fuerzas! Ayuda y fortalece mi voluntad. También mi entendimiento, aunque pobre ahora, será levantado e iluminado y verá las magnificencias de tus misericordias; al entrar en la gloria veré ese mundo sobrenatural, beberé inteligencia de Ti mismo, fuente de toda verdad. También yo entenderé en el cielo, no según hayan sido mis estudios y aficiones, sino según haya sido mi amor al Señor; me uniré al entender y al amar de mi Señor Jesucristo y de la Virgen, su Madre, y de todos sus escogidos. ¡Oh dichosa compañía! Te amaré y entenderé, Dios mío, eterna-

mente, y todas las cosas en Ti. Dame aquí amor sin límites para verte allí sin medida. Alma mía, ama a tu Dios, vive las virtudes. Al entrar en la gloria, después de la muerte, empezará mi vida en Ti, oh padre Celestial, y en Ti seré feliz toda la eternidad.»

«Ahora me enseña la fe y la teología que Dios está en mí, infinito como es ; está en todas las cosas todo y perfectísimo y está en mi alma. Sé que Dios me ama y que estoy en Dios. Pero nada veo y nada siento. Roto dichosamente el velo de mi cuerpo por la muerte santa, seré levantado, transformado, y lleno de luz del cielo, me veré ya glorioso en Dios, me sentiré feliz en el infinito gozo de Dios, beberé placeres de la esencia divina.»

« ¡Qué sobrenatural y sin igual grandeza será la entrada en el cielo con la muerte santa! »

«Ahora, Dios mío, has tenido la bondad y predilección de escogerme para que me ofrezca a Ti, viva sólo para Ti, y te alabe en el desierto. Te adoro, Señor, te adoro, te alabo y te pido por mí y por todos los hombres, mis hermanos. No me pertenezco ya; soy tuyo y de las almas necesitadas. Me has escogido para ofrecerte, en esta soledad y silencio, mis oraciones y tu sacrificio por la salvación de todos y para tu gloria.»

«Ahora sólo te veo en la oscuridad de la fe; no tengo tu luz, pero sé que tu omnipotencia está conmigo. Has tenido la especial delicadeza de escogerme para servirte y amarte aquí en tu presencia y estar

en este recogido silencio en Ti y amando Contigo por todos los que no te aman. Muy pronto llegará la esperada muerte a romper el hilo que me ata y volaré a Ti y seré entonces iluminado con tu gracia, te verá mi alma, te alabaré ya delante de tu rostro descubierto, y empezará mi dicha. ¡Oh muerte!, cómo te desea el amor para llegar y poseer el Amor. Mi alma suspira por tu llegada.»

«He venido a este retiro amoroso para prepararme mejor y estar mas atento a la llamada de Dios. Tú, oh Señor, en divino silencio me acompañas, vives en mi corazón y pones verdades y sentimientos que trascienden a cielo. Te amo; para Ti es todo mi corazón. ¡Oh dulcísima compañía la tuya!» «Despiértanme en este silencio de paz, en los amaneceres primaverales, innumerables pajarillos que madrugan para alabarte a Ti; aquí recogen mi espíritu y me despiertan a tu amor los callados rumores de la naturaleza y el susurro de los árboles y las aguas del cercano riachuelo. Todos cantan tus alabanzas con alegría. ¿y no te cantaré yo lleno de gozo, Señor?

»Cantan las aves el paso de la oscuridad a la luz por la misteriosa alegría que en la naturaleza pone la llegada de los primeros rayos del sol. ¿ y no te cantaré yo, Sol eterno de mi alma ? De ellos aprendí a entonar alabanzas, oh Señor mío, ya esperarte con ardiente deseo.

»Aquí aprendí con la naturaleza, enseñado por Ti, la grandiosidad y hermosura encerradas en el

momento de la muerte; y que no es la muerte triste, sino amable y preciosa con belleza de virgen y con ternura de madre.

»Aquí me comunicaste el deseo no merecido de ir a Ti, de ver tu hermosura y de entrar en tu gloria.

»A Ti canta mi alma, Dios mío; canta tu bondad y grandeza y te espera. A Ti bendice mi alma, porque con la muerte me sacarás de esta oscuridad para levantarme hasta tu luz.

»¡Oh Bondad infinita, Amor eterno y siempre nuevo! Con el salmista digo : *¡Dios mío, oh mi Dios!, a Ti aspiro y me dirijo desde que apunta la aurora. De Ti está sedienta el alma mía. . . ¡Y de cuántas maneras lo está también este cuerpo mío! . . Más apreciable es que mil vidas tu misericordia; por esto se ocuparán mis labios de alabarte continuamente»* (7).

«Mandad pronto, Criador mío, vuestra mensajera para que me lleve a Vos y me revistáis de vuestra luz, me deis de vuestra vida y colméis de gozo.»

«¿Quién no te amará, bienhechora muerte, pues nos trasladas a tan alta vida?»

«Es sobremanera dulce y consolador morir en gracia, reclinar la cabeza sobre el seno acogedor de la muerte, invocando a Dios y haciéndole actos de amor y de entrega, para despertar en el claro día de la eternidad entre las alabanzas de los bienaventurados que cantan a su Criador.»

«Nada hay en la tierra más halagüeño y placente-

ro, nada de mayor ilusión y grandeza que pensar en la entrada triunfante en la gloriosa patria y ser introducidos en la luz inmarcesible y perenne, hundiéndose felicísimamente y para siempre en la claridad de Dios, piélago de toda perfección, para siempre amar con gozo exultante.»

«El placer de morir amando a Dios es tan inmenso, que sólo los enamorados del Señor, iluminados por la luz de la fe y fortalecidos por una gracia especial, pueden vislumbrarlo. Lleno de contento, me encanta repetir con San Juan de la Cruz: «El alma no sólo una muerte apetecería por verla (la grandeza y hermosura de Dios) para siempre, pero mil acerbísimas muertes pasaría muy alegre por verla sólo un momento, y después de haberla visto, pediría padecer otras tantas por verla otro tanto» (8). Y con Santa Teresa de Jesús, mi madre: «Muérase en ese paraíso de deleites. Bienáventurada tal muerte, que así hace vivir» (9), o con el Venerable Padre Nieremberg: «La Majestad (de Dios) es sobre todo pensamiento, y su hermosura es mayor de lo que se puede pensar. Bien se puede pensar una hermosura tal, que por sólo verse un instante se podían padecer eternamente los tormentos del infierno; pues si esto se puede pensar, y Dios es más de lo que se puede pensar» (10), ¿no merece su hermosura amar la muerte?

«Yo aquí, en silencio y admiración, te amo, Dios mío; te amo más que a todas las cosas y más que a mí mismo. Por Ti lo he dejado todo. La vida religiosa

es morir al mundo ya todos para vivir en Dios. Por Ti, porque fueses conocido y amado de todos, por ir a Ti y vivir la luz de tu misericordia en el goce de la verdad, mil vidas que tuviera las pondría todas juntas en tus manos y desearía darte la vida por el martirio en testimonio de mi amor heroico. Te amo; para Ti es mi corazón. Porque sois infinitamente amable e inmensamente bueno, poderoso y justo, os ofrezco mi vida, y mil vidas que tuviera pondría en Tus manos.»

«Muera yo en Ti, Señor, para que reciba tu vida, para que venga tu luz y me envuelva, me ilumine y transforme.»

«Dentro de mi alma tengo escrito por el Espíritu Santo cómo enseñáis lo inmenso e inefable de vuestras perfecciones a los que os aman y mueren por veros; cómo les mostráis que nada puede haber semejante a Vos y les hacéis sentir que sois infinito en suavidad, para luego de abrasarles en ansias de poseeros, decirles estas regaladas palabras que hacen presentir el cielo de verdad; siendo como soy, tan sobre todo cuanto puede existir, «yo soy tuyo y para Ti, y gusto de ser tal cual soy para ser tuyo y para darme a Ti» (11). «¿Se podrá considerar el gozo, alegría y deleite que el alma tendrá con este tal prisionero, pues tanto tiempo había que lo era ella de El, andando de El enamorada?» (12).

«Llenad, Dios mío, mis potencias y mi alma toda de Vos ; haced que siempre esté ardiendo en vuestro

amor. Quiero, enseñada por vuestra luz, repetiros siempre: *¿Quién como Vos? Todo para Vos. Sólo para Vos.* Desearía, si fuera para vuestra gloria, ser millones de veces mejor de lo que soy, para poderos ofrecer más, y tal cual soy y cual pudiera ser, gozo en ser para Vos y totalmente vuestro.»

Así me hablaba el santo ermitaño ; así me encendía en deseos de amar a Dios, y así en su compañía le ofrecí yo mi vida, y calladito dentro de mi corazón repetía sus palabras: « y o soy por vuestra misericordia vuestro y quiero ser siempre vuestro. Lo soy aquí, en mi retiro, sintiéndome, en mi nada, más grande que el mundo y quiero ser vuestro en el cielo. Gustosísimo os ofrezco todos mis actos, mi entendimiento, mi voluntad, mi vida, mi cuerpo, mi alma. Espero aquí, en vela de amor, a vuestra mensajera la muerte, heraldo de vuestra llegada.»

«Vos, Padre mío celestial, llevaréis mi nada al cielo. Os la ofrezco y pongo en vuestras manos por medio de Jesús y de la Virgen mi Madre.»

¡Recíbeme, Señor! Hoy, que piadosa
te ofrezco los afectos de mi amor ,
tiendeme ya tu diestra generosa,
¡recíbeme, Señor!

****

Que en mí, Señor, se cumplan las palabras
que impulso dieron a mi ardiente fe;

con ellas, ¡dulce bien!, mi dicha labras,
y hasta que un día la gloria me abras
con ellas viviré.

No sea confundida en mi esperanza,
ya que he cifrado en Ti todo mi amor;
y pues quien fía en Ti todo lo *alcanza,*
recíbeme en tus brazos sin tardanza,
¡recíbeme, Señor! (13).

(I) *Salmo* 106.
(2) *Salmo* 144.
(3) La *Imitación de Cristo,* lib. III. Cap. XXXI.
(4) *Salmo* 106
(5) *Salmo* 102
(6) Fray Luis de León. *A Felipe Ruiz. (Poesías.)*
(7) *Salmo* 62.
(8) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* canción XI.
(9) Santa Teresa de Jesús, *Conceptos del amor de Dios,* cap. VI.
(10) V. P. Juan Eusebio Nieremberg, *De la hermosura de Dios y su Amabilidad por las infinitas perfecciones del Ser divino.* Lib. II cap. V, pág. .II.
(11) San Juan de la Cruz. *Llama de amor viva,* canción III.
(12) San Juan de la *Cruz. Cántico Espiritual,* canción XXXI.
(13) José Santaló, *A su hermana Carmelita, Hermana María Luisa Gonzaga*

SUPLICA PIDIENDO AL SEÑOR LA SALVACION

Pero yo, Señor, soy un pobre pecador. Pequé contra Ti, Dios mío, y he merecido ser para siempre condenado. ¿Cómo podré mirar al cielo con la confianza de las almas inocentes? ¿Cómo no temeré la muerte, temblando de perder el goce de la vida eterna?

Dios mío, heme aquí ya arrepentido y humilde. A Vos recurro pidiendo perdón de mi pasado, gracias para le presente y perseverancia para el futuro. Perdonadme, Señor mío, y dad me vuestra gracia. Mirad que Jesucristo, vuestro Santísimo Hijo, os ha ofrecido su vida y su pasión dolorosa por mí, y desde la cruz os pide mi salvación. En el amor de mi Señor Jesucristo y en su pasión sacratísima y en vuestra misericordia infinita confío. Os ofrezco el gozo de Jesús al dar su vida en alabanza vuestra, padre mío.

María, Madre de misericordia, Madre mía, Virgen llena de amor; pues Dios os nombró intercesora y medianera de todas las gracias, no abandonéis a vuestro hijo, que se confía a Vos. Mirad me con misericordia ahora y asistidme en la hora de mi muerte como Madre. Os lo pido como hijo arrepentido y confiado. Señor, Dios mío; pues me habéis

criado para el cielo y Jesucristo os ofreció su vida por mi salvación, perdonad me mis ofensas y desvíos y, mirándome con ojos de misericordia, salvad me. Ahora, con vuestra ayuda, pongo mi alma en vuestras manos y quiero ponerla en la hora de mi muerte y no seré confundido. Acogisteis benigno a la Magdalena y al buen ladrón y les disteis vuestra paz y vuestro cielo. También me lo daréis a mí, arrepentido. Os doy gracias, porque me habéis esperado para hacer penitencia y me habéis llamado a vuestro amor. Os amo; quiero amaros eternamente.

Padre mío, confiado en vuestra misericordia, espero que mi última mirada sea poner mis ojos con amor en vuestros ojos, mis labios en el crucifijo y que me recogeréis en vuestro cielo. Disponed de mi vida.

Así os lo pido, y así lo espero, por Jesucristo, vuestro Hijo y mi Redentor.